EL SURGIMIENTO DE LA «ESTRATEGIA NAVAL CIENTÍFICA» (1790-1816): ENRIQUE REYNALDO MACDONNELL Y DE GONDÉ

Dr. Iván VALDEZ-BUBNOV
Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México

El objetivo del presente ensayo es comprender el surgimiento del concepto de «estrategia» y, más específicamente, su desarrollo en la forma de «estrategia naval científica», en el contexto de dos procesos históricos inextricablemente relacionados: la expansión estadounidense sobre los territorios españoles en Norteamérica, por un lado, y las guerras de independencia de la América española, por otro. La elección de este contexto puede parecer extraña, pues estamos habituados a pensar que la estrategia científica, comprendida una disciplina de conocimiento para normar el uso de las fuerzas armadas, tuvo su origen mucho tiempo después de concluidos aquellos dos procesos históricos, en las obras de los filósofos militares Henri-Antoine, barón de Jomini, y Karl von Clausewitz para el caso terrestre, y del historiador estadounidense Alfred Thayer Mahan para el ámbito naval (SUMIDA: 1997). Como es bien sabido, Mahan, autor de la saga titulada *La influencia del poder naval en la historia* (1890-1897), adaptó al ámbito naval el modelo de «estrategia científica» de los tratadistas militares de los siglos XVIII y XIX, particularmente del barón de Jomini, concluyendo que la experiencia naval española y francesa de ese mismo periodo condujo al fracaso por estar basada en premisas erróneas. Para Mahan, la única fórmula plausible para el ejercicio exitoso del poder naval era la orientación de todos los esfuerzos del Estado para crear una fuerza marítima capaz de librar batallas decisivas, y por ello, Gran Bretaña representaba el epítome del poder naval en la época clásica de la navegación a vela. Para Mahan, Nelson era el dios de la guerra en el mar, el equivalente marítimo de Napoleón, el genio que supo interpretar, de manera intuitiva, las verdades eternas y científicamente aprehensibles de la estrategia, tal como las había definido antes el barón de Jomini para el caso del emperador de los franceses (MAHAN: 1890, 1892, 1897). El mensaje de Mahan fue decisivo para la definición de las políticas que sacaron a los Estados Unidos de su aislacionismo

Retrato de Enrique MacDonnell

decimonónico, y muy pronto se convirtió en un lugar común en la cultura popular de los países desarrollados, pasando al imaginario colectivo como el significado mismo del poder naval. Pero esto no significa que su reduccionismo teorizante, en extremo simplista, haya sido tomado en serio por mucho tiempo entre los profesionales del pensamiento estratégico, ni en su mismo país ni en Gran Bretaña. Pese a su tremendo éxito como escritor y como docente, Mahan fue pronto visto como un propagandista doctrinario y no fue tomado en serio en las políticas de construcción naval de la Armada de los Estados Unidos en la primera mitad del siglo XX, las cuales fueron mucho más diversas de lo que el credo de la batalla decisiva podría sugerir a los profanos. Pero fueron precisamente los británicos, sujeto mismo de la admiración de Mahan, quienes fueron sus críticos más demoledores (CORBETT: 1904, 1907, 1911).

Los expertos en la historia del pensamiento estratégico saben bien que la definición de la estrategia naval británica no provino de Mahan, sino de los cursos universitarios y las publicaciones del historiador Julian Corbett, y que no estuvo basada en conclusiones acerca del éxito de Nelson en las Guerras Napoleónicas, sino en el triunfo del «Sistema de Pitt» en la guerra de los Siete Años (ibídem). Como es bien sabido, este concepto, el Sistema de Pitt, se empleó en su época para referirse al uso sistemático del poder marítimo-naval por parte del primer ministro británico William Pitt, entre 1756 y 1763. Julian Corbett, quien había estudiado a Mahan y, por supuesto, también a Jomini y Clausewitz, cuestionó con fundamentos históricos la centralidad de la batalla de Trafalgar, no solo para comprender el desenlace de las Guerras Napoleónicas, sino también para la definición de la estrategia naval británica de principios del siglo XX. En lugar de la búsqueda de la batalla decisiva, concepto fundamental del credo mahaniano, Corbett enfatizó la importancia del uso coordinado del poder naval con el poder militar terrestre; la centralidad del comercio marítimo como instrumento de prosperidad nacional y como objetivo de una estrategia naval ofensiva; el potencial de una estrategia marítima defensiva, a nivel estructural, combinada con una disposición ofensiva a nivel operativo; el uso del bloqueo contra puertos y escuadras enemigas como instrumento de desgate naval y económico y, sobre todo, la naturaleza

eminentemente política de la gran estrategia y de su dimensión naval y militar. Para Corbett, la gran estrategia británica durante las Guerras Napoleónicas debía ser interpretada bajo esta luz, con lo que la batalla de Trafalgar pasó a segundo o tercer plano en la explicación del éxito de Gran Bretaña como potencia global, cediendo el paso a una visión mucho más equilibrada y compleja, basada en la coordinación del poder naval con el poder militar, ambos subordinados a objetivos de orden político y económico y aparejados con una estrategia selectiva de defensa y desgaste del comercio marítimo internacional. Es por esta razón por lo que el pensamiento de Corbett puede ser visto como una interpretación marítima del pensamiento de Clausewitz, muy contrastante con la visión tecnocéntrica y militarista del barón de Jomini, quien, como he señalado, buscaba comprender la clave del éxito del emperador de los franceses en sus numerosas campañas y batallas campales (PARET: 1986, 1993). Es en este preciso sentido en el que Corbett cuestionó seriamente el paradigma nelsoniano difundido por Mahan, basado directamente en la proyección del modelo teórico construido por Jomini a la historia militar del mar durante las Guerras Napoleónicas. Como todos sabemos, el pensamiento de Corbett no solo definió la estrategia naval británica prácticamente hasta el advenimiento de la era nuclear, sino que también inspiró a otros exponentes del pensamiento estratégico del siglo XX, como Raoul Castex, en Francia, y Otto Groos, en Alemania, entre otros (LAMBERT: 2021, 2024).

Sin embargo, mucho antes de que cualquiera de los fundadores de la estrategia moderna hubiera dedicado sus esfuerzos a crear una teoría general de la guerra y, a partir de ello, surgiera una *ciencia* de la estrategia naval, un marino español se había planteado todos estos problemas intelectuales y había tratado de resolverlos sistemáticamente, con plena consciencia de hacer un legado a la posteridad (VALDEZ-BUBNOV: 2015). Este es el tema del presente ensayo: la creación de la ciencia de la estrategia naval, por un marino español, entre 1790 y 1804, es decir, exactamente cien años antes de la publicación de *La influencia del poder naval en la historia*, de Mahan, en 1890, y también prácticamente cien años antes de la publicación de las obras nodales de Julian Corbett, en 1904, 1907 y 1911. Me refiero a *Enrique Reynaldo MacDonnell y de Gondé*, nacido en Pontevedra en 1753, perteneciente a un antiguo linaje de oficiales irlandeses al servicio de la corona española.

Tan solo diré un par de palabras sobre su vida. Según Paula y Pavía, siendo niño se enlistó como cadete en el regimiento de Ultonia y fue ascendido a subteniente en 1764, a teniente en 1769 y a capitán en 1774. Solicitó su traslado a la Marina, en la cual alcanzó el grado de capitán de fragata en 1776. Sirvió en el jabeque *Garzota* y después en la fragata *Carmen*, el jabeque *Pilar*, el navío *San Ysidro* y la fragata *Magdalena*. Se distinguió en varios combates contra corsarios argelinos en el Mediterráneo y fue herido en combate contra un corsario inglés en las Azores. En 1779 sirvió como comandante de un buque que protegía un convoy de tropas destinadas a La Habana. Sirvió también en las dos campañas cruciales de la guerra de Independencia de los Estados Unidos: en el sitio de Pensacola, en las Dos Floridas, y en la

reconquista de la isla de Roatán, en Honduras. En 1783 fue ascendido a capitán de navío. Entre 1788 y 1789 fue capitán general del puerto de Cádiz. Y es en este punto donde su carrera tomó un sesgo poco común: en abril de 1789 solicitó permiso para servir como voluntario en la Armada de Suecia, que se encontraba a punto de entrar en guerra contra Rusia. El objetivo de su misión era, según sus palabras, «instruirse en las grandes operaciones de guerra, y en la forma de llevarlas a cabo de la manera más ventajosa. Y también estudiar todo aquello que pueda ser de utilidad a la Real Armada de Su Majestad Católica …». Cuando estalló el conflicto entre Suecia y Rusia, sirvió en el navío *Odden*, en la batalla de Svens-Kewd, en el río Kymmené, en Finlandia, donde su buque fue rendido tras batirse durante varias horas contra siete buques rusos, perdiendo un tercio de su tripulación y la mayor parte de su artillería. MacDonnell fue herido, capturado y llevado a San Petersburgo. Allí recibió hospitalidad del canciller, el conde de Ostermann, así como del príncipe de Nassau, y fue puesto en libertad a cambio de la promesa de no volver a servir en contra de Rusia. Más aún, fue invitado a la corte del zar y se le ofreció un puesto de mando en la Armada rusa. MacDonnell rechazó estas ofertas, debido a su lealtad a la corona hispana, y volvió a Suecia, pero cumplió su palabra de no participar más en la guerra, para finalmente regresar a España. La estancia de MacDonnell en Rusia abre la puerta a una comparación significativa: el barón de Jomini también recibió una oferta semejante tras haber servido bajo las órdenes del mariscal Ney, entrando al servicio del zar, primero en 1809, y luego a partir de 1823. Algo semejante sucedió con Clausewitz, entre 1812 y 1813, y luego en 1815 (Valdez-Bubvov: 2015).

Volviendo a la vida de MacDonnell, sabemos, por su propio testimonio, que también pasó un tiempo indeterminado en los Estados Unidos, con toda certeza en torno al periodo de la venta de la Luisiana. Antes de eso tuvo el mando del *San Felipe Apóstol*, de 64 cañones; del *Astuto*, también de 64, y del *Gallardo* y el *Ángel de la Guarda*, ambos de 74 cañones, siendo ascendido a brigadier. Después tuvo el mando de los navíos *San Nicolás, San Carlos* y, en 1805, del *Rayo*, ya convertido a tres puentes, en la batalla de Trafalgar. Cabe mencionar que allí fue uno de los primeros en entrar en combate y uno de los últimos en resistir, terminando invicto. Más aún, tras haber retornado a puerto y realizar reparaciones de urgencia, salió una vez más en busca de los ingleses, para represar a los navíos españoles capturados el día anterior. Pero el *Rayo* se fue a pique, víctima de una tempestad, y MacDonnell fue hecho prisionero. Tras su retorno al servicio de la Monarquía, tuvo un papel destacado en el apresamiento de la escuadra de Rosilly, en 1808. Fue ascendido a teniente general en 1814 y se dio de baja de la Real Armada en 1815. Poco después pudo retornar al servicio de la Monarquía y fue ascendido a vicealmirante. Murió en Cádiz en 1823, tras haber servido como ministro del Segundo Almirantazgo (Paula y Pavía: 1873).

La personalidad de MacDonnell tuvo una faceta casi enteramente desconocida por la posteridad: la de teórico de la guerra y, me atrevo a decir, primer creador de la estrategia científica, de tierra y de mar, prefigurando en diversos

sentidos a las obras de Jomini y de Mahan, y aproximándose significativamente al pensamiento de Julian Corbett. Cabe señalar también que la construcción teórica de MacDonnell prefiguró también al pensamiento de Clausewitz, en la medida en que aspiraba a crear una ciencia de la guerra, basada en la naturaleza eminentemente política de este fenómeno social. Me refiero a los contenidos de dos manuscritos, el primero muy probablemente escrito durante su estancia en Suecia y Rusia, es decir, poco después de 1790. El segundo fue escrito poco después de su estancia en los Estados Unidos, entre 1799 y 1800, y entregado a la Secretaría de Marina, cuyo titular era entonces don Domingo de Grandallana, en 1804 (VALDEZ-BUBNOV: 2015).

El primero de estos manuscritos era un tratado de estrategia naval científica, concepto entonces todavía no aplicado al ámbito naval, y el segundo, un plan de campaña concebido para resolver los problemas fronterizos generados por la expansión británica y estadounidense en la Florida, así como por la cesión de la Luisiana a Francia. El primer manuscrito, desafortunadamente, se perdió en un incendio, pero su contenido teórico fue utilizado para concebir el segundo. Sobre ello escribió su autor:

> «… [el segundo manuscrito] es el resultado de bastantes años, de una continuada meditación. Es así mismo, un levísimo extracto de otra obra harto más extensa que (…) [escribí] al intento; porque (…) hace notable falta, no solo a la Marina, pero al Estado. Esta obra ya no existe, y se ha quemado después de mucho trabajo, en un momento sumamente desgraciado para su autor. Por esto deposito [en el segundo manuscrito] algunos muy pocos de los principios que contenía aquella, para que [los rivales de la Monarquía] jamás se alcen con la primacía de unas ideas que hemos creado antes que ellos …».

Como es posible observar, los contenidos del tratado teórico pueden ser parcialmente reconstruidos a partir del plan de campaña, pues tales contenidos representan la aplicación práctica de los principios abstractos contenidos en aquel primer y perdido manuscrito. No me referiré aquí al plan en sí mismo, que ya he estudiado en otra publicación (VALDEZ-BUBNOV: 2015), sino que trataré de reconstruir los contenidos del primer manuscrito, el cual, como he señalado, era un tratado teórico que por primera vez acuñó el concepto de estrategia científica en el ámbito naval, no como la adaptación de Jomini realizada por Mahan, sino en términos muy semejantes a los de su principal crítico, Julian Corbett. De esto podemos adelantar que el pensamiento estratégico español no era muy diferente del británico, y que ciertamente lo precedió por lo menos en un siglo como formulación teórica (VALDEZ-BUBNOV: 2019).

Las razones que motivaron a MacDonnell a utilizar los principios de su primer manuscrito, de carácter teórico, en el segundo, de naturaleza práctica, tuvieron su origen en el problema de la expansión británica, primero, y de la estadounidense después, en los territorios de la Monarquía Católica en América del Norte. Este conflicto geopolítico tuvo su origen en el catastrófico desenlace de la guerra de los Siete Años, en 1763, cuando Francia perdió su imperio norteamericano y España se vio obligada a ceder la Florida a Gran

Puerto fluvial de Nueva Madrid, por Víctor Collot y José Warin

Bretaña. Para compensar a su aliada por esta pérdida, sufrida en aras del Tercer Pacto de Familia, la monarquía francesa cedió a España el enorme territorio norteamericano de la Luisiana, quedando las posesiones españolas e inglesas divididas por el Misisipi. Este cauce fluvial hizo posible a los británicos vincular económicamente sus colonias norteamericanas no solo con el territorio de Florida Occidental, sino también con la cuenca del Seno Mexicano y los archipiélagos del mar Caribe. Sin embargo, la exitosa intervención española en la guerra de Independencia de los Estados Unidos, entre 1779 y 1783, condujo a la reconquista de la Florida, con lo cual ambas orillas del Misisipi quedaron bajo control hispano, impidiendo el acceso de los angloamericanos al Seno Mexicano, para lo cual, además, se estableció una fuerza de galeras que patrullaba hasta el «puerto fluvial de Nueva Madrid», en el corazón de Norteamérica.

La navegación del Misisipi se convirtió en uno de los primeros problemas territoriales que enfrentaron a la monarquía española con el gobierno de los Estados Unidos. En 1795, el primer ministro, Manuel Godoy, accedió a conceder derechos de navegación a los angloamericanos, en parte para desactivar los conflictos diplomáticos y fronterizos. Pero estos continuaron escalando hasta constituir prácticamente un estado de guerra entre poblaciones civiles, agravado por repetidas incursiones e intentos angloamericanos por crear un Estado independiente en la Florida. A esto se sumaron los intentos de desestabilización en ese territorio por parte de la Francia revolucionaria, entonces en guerra con la monarquía española.

En 1796, el gobierno español firmó el Segundo Tratado de San Ildefonso, aliándose con el régimen revolucionario francés y reactivando la política exterior conjunta de los antiguos Pactos de Familia. Aunque esto tuvo el efecto de mitigar las ambiciones francesas sobre la Florida, muy pronto arrastró a la América española hacia una guerra naval no declarada entre Francia y los Estados Unidos, librada entre 1797 y 1800, conocida en esos dos países como *la quasi-guerre* o *the Quasi-War*. Durante ese intenso conflicto naval, los norteamericanos sufrieron enormes pérdidas a manos de corsarios franceses que operaban, al menos parcialmente, desde las Antillas españolas, y los

corsarios hispanoamericanos también hicieron un número significativo de presas. Pese a que la paz entre París y Washington fue oficialmente sellada con los Tratados de Mortefontaine, en 1800, la expansión estadounidense siguió siendo considerada un problema grave. En 1801 tuvo lugar una propuesta para realizar un bloqueo naval de los puertos estadounidenses por parte de las Armadas española y francesa, así como un desembarco de tropas que hiciera posible forzar un acuerdo diplomático, lo cual no fue llevado a cabo debido al estado de guerra en Europa (VALDEZ-BUBNOV: 2024).

En este contexto, el gobierno español decidió utilizar la alianza francesa para resolver el problema norteamericano, cediendo formalmente la Luisiana a Francia a cambio del reconocimiento de derechos dinásticos sobre territorios en la Toscana (1800-1801). Sin embargo, los efectos de la revolución haitiana pronto hicieron que Napoleón abandonara el proyecto de recrear un imperio norteamericano basado en la potencial conexión económica entre la Luisiana y las Antillas francesas. Esto condujo a una política de desactivación de las tensiones entre París y Washington, la cual culminó en 1803 con la venta de la Luisiana, por parte de Francia, a los Estados Unidos. Con ello, el gobierno español debió enfrentar un nuevo y magnificado problema fronterizo con el estadounidense, que comenzó a exigir la cesión de la Florida como compensación por las presas hechas por corsarios españoles durante la «cuasi guerra». De igual forma, se reactivaron los conflictos entre los migrantes angloamericanos y la población hispana en esos territorios (VALDEZ-BUBNOV: 2015).

Es este el contexto en el que MacDonnell terminó su estancia en los Estados Unidos e inició la redacción del segundo manuscrito, el cual, como he señalado, recogía la esencia de sus ideas teóricas sobre la guerra originalmente presentes en el primero, para entonces perdido. Se trata de un plan de campaña para llevar a cabo una invasión militar de los Estados Unidos, aparejada con una guerra naval que combinaba desembarco de tropas, operaciones de escuadra, bloqueo de puertos, bombardeos costeros y guerra de corso. Como he señalado, no repetiré aquí los detalles de este plan de campaña, ya sujeto de una publicación anterior, a la cual remito a los lectores, y me limitaré a sintetizar los componentes teóricos que, según su autor, vinculaban los contenidos del plan con su primer y perdido manuscrito.

El método de MacDonnell estaba basado en una interpretación política, social, psicológica y económica del adversario, de perspectiva histórica y proyección futura, que evaluaba su potencial a todos esos niveles para desembocar en una detallada descripción de sus fuerzas armadas de tierra y de mar, así como en una penetrante apreciación de sus capacidades. A partir de ello presentaba una explicación de los motivos de conflicto existentes, presentes y futuros, que hacían necesaria una declaración de guerra, tomando en cuenta el contexto internacional. Esta última explicación, eminentemente política, daba paso a una definición geográfica e hidrográfica del teatro de operaciones a partir de una narrativa visual basada en la cartografía, para lo cual el manuscrito iba acompañado de un mapa. La narrativa geográfica se hallaba en el centro de la teoría de MacDonnell: el teatro de operaciones estaba definido en

función de los accidentes geográficos e hidrográficos del terreno, así como de sus límites políticos y de las bases económicas de ambos contendientes. Esta combinación de factores geográficos y políticos, aunados a la situación de las fortificaciones, bases logísticas, fuerzas militares y navales, vientos y corrientes dominantes y, sobre todo, a líneas marítimas de comunicación y comercio, definían las posibilidades de movimiento y concentración de las fuerzas militares y navales de la Monarquía. MacDonnell denominaba «líneas de operación» a estas posibilidades, que se hallaban representadas gráficamente en el mapa. La definición geográfica de las líneas de operación iba aparejada a la definición cronológica de las posibles temporadas de campaña, establecidas en función de variables meteorológicas. Es precisamente esta vinculación con los principios fijos y predecibles de la naturaleza del teatro de operaciones lo que, según MacDonnell, otorgaba validez científica a su planteamiento, concediéndole el sentido de «leyes fijas», susceptibles de ser objetivamente aprehendidas y utilizadas de manera predecible:

> «Esto siempre dependerá (…) de los vientos que reynan, o han reynado, de las corrientes, y otras causas así locales como también mercantiles que influirán necesariamente en aquellas derrotas, y las sujetarán a esas leyes fixas e imperiosas de la navegación en general, quitando toda aquella arbitrariedad que podría descaminarnos …».

Sin embargo, MacDonnell matizó la aspiración cientificista de su pensamiento con una nota al pie que deja entrever la dimensión subjetiva de la definición de los planes de campaña a partir de la dimensión objetiva de las líneas de operación:

> «… no quisiera que por la analogía que se advierte en los nombres que voy poniendo, se crea que la hay entre la Estrategia y las Matemáticas (...) Las combinaciones militares son otra cosa muy distinta de los cálculos académicos. Mezclar lo uno con lo otro; dar a los conocimientos accesorios y secundarios de un cuerpo el mando y dirección de los conocimientos superiores, es el perfecto modo, y el más breve y cabal, para que la Marina no haga jamás nada».

Esto revela que MacDonnell se hallaba plenamente consciente de la distorsión conceptual introducida por la aplicación de conceptos abstractos a realidades prácticas, lo cual, claramente, le aproxima a la concepción de la estrategia más como un arte que como una ciencia. Como sabemos, este punto crucial para el surgimiento de la estrategia moderna fue una de las principales variables introducidas por Clausewitz al modelo teórico inicialmente establecido por Jomini, y que este mismo adoptó después de la publicación de *Vom Kriege* en 1832.

Por otra parte, es importante enfatizar que el concepto de «líneas de operación», utilizado por MacDonnell, tiene un antecedente directo en la obra del tratadista militar más influyente del siglo XVIII, el galés Henry Lloyd, autor de un detallado estudio de las campañas de Federico II de Prusia en la guerra de

los Siete Años[1]. MacDonnell reconoció su deuda intelectual con Lloyd, quien previamente había definido este concepto como las posibilidades de movimiento de una fuerza en función de los accidentes políticos y geográficos del teatro de operaciones, el centro de gravedad del frente enemigo, la situación de la propia base logística y los objetivos del conflicto, todo ello en pro de la superior concentración de fuerza en el punto decisivo (SPEELMAN: 2002). Como todos sabemos, estos conceptos representaron, más tarde, la esencia del pensamiento del barón de Jomini como clave de su interpretación de las campañas napoleónicas, y fueron posteriormente absorbidos por Clausewitz para enfatizar la naturaleza eminentemente política de la guerra (SHY: 1986). Quiero subrayar aquí este segundo paralelo entre MacDonnell, Jomini y Clausewitz: la deuda común con el legado intelectual de Henry Lloyd. En efecto, MacDonnell, tal como los teóricos que le sucedieron décadas después, empleó la metodología de Lloyd, a quien citó de manera explícita como el origen de sus ideas y cuya nomenclatura mantuvo con algunas variantes. La enorme diferencia del pensamiento de MacDonnell con el de Lloyd, así como con el de sus sucesores Jomini y Clausewitz, reside en que el oficial español adaptó del método de Lloyd al ámbito naval. Esto es precisamente lo que le permitió declarar:

> «Voy a entrar en esta guerra de mar, y tratarla por un método nuevo. Lo creo necesario para determinar de una vez, y aclarar los principios de ella, muy bajos y difusos hasta aquí. Y para encaxonar y señalar los límites de todas las circunstancias que motivan a sus operaciones, y dar a conocer el orden progresivo de todas ellas. De manera que esta materia se haga más expedita y manejable en lo sucesivo. No se ha tomado, vuelvo a decir, en Francia ó en Ynglaterra: nace ahora en España».

MacDonnell extendió el concepto de «líneas de operación», desde la dimensión estructural o estratégica del teatro de operaciones al nivel operacional, en dos sentidos. El primero fue el establecimiento de una «línea estacionaria» o «de primera posición», la cual conectaba el aparato logístico constituido por los arsenales, astilleros y puertos relevantes para el teatro de operaciones. El segundo fue la definición de unas «líneas de movimiento» o «esferas de actividad», las cuales quedaban definidas en función de las economías marítimas regionales del adversario, a nivel global, y marcaban las rutas y puntos nodales en que los mercantes enemigos podían ser interceptados por escuadrones de cruceros de la Real Armada en distintos mares del mundo. A partir de este punto, MacDonnell redujo el concepto de líneas de operación a un nivel táctico, denominado «tercera línea de movimiento» o «línea de bloqueo» según el caso, el cual desplegaba las fuerzas navales españolas, en varias divisiones, en los puntos neurálgicos de la morfología costera del enemigo.

---

(1) Las obras completas de Lloyd han sido editadas recientemente en un solo volumen por SPEELMAN: 2005.

Es importante señalar que, pese a que MacDonnell consideraba el bloqueo portuario un expediente potencialmente útil, expresaba cierta desconfianza al respecto de su eficacia, pues su ejecución podía incurrir en la irracionalidad económica de emplear una mayor fuerza naval para bloquear a otra menor, y a esta desproporción en números debía añadirse el desigual desgaste sufrido por una y otra fuerza. A esto añadía la posibilidad, basada en su experiencia en la guerra naval ruso-sueca, de que una fuerza bloqueadora ocupase una línea interior entre dos puertos enemigos que albergaran fuerzas inferiores por separado, pero que podían ejecutar una salida, reunirse en superioridad numérica y batir a la fuerza bloqueadora en detalle. Finalmente, la eficacia del bloqueo siempre estaba supeditada a las condiciones meteorológicas, las cuales podían variar y mermar de manera decisiva la eficacia de toda la operación. Por esta razón, MacDonnell recomendaba destruir las fuerzas navales enemigas concentrando el núcleo de navíos de línea de la Real Armada o, alternativamente, reducirlas de manera gradual en sus respectivas áreas de operación.

Finalmente, cuando los objetivos previstos en todas estas etapas fueran alcanzados, la Real Armada podría pasar a una cuarta línea o «línea de ataque», la cual estaría constituida por los puntos en que se debían realizar desembarcos de infantería o efectuar bombardeos costeros. Esta última etapa debía hallarse en plena coordinación con la campaña terrestre, la cual, como he mencionado, tenía que ejecutarse en sincronía con las etapas de la campaña naval. Es importante señalar que MacDonnell preveía la acción estructural de fuerzas irregulares, tanto de mar como de tierra. En el primer caso, se trataba de la interacción de las fuerzas navales del Estado con la movilización de las iniciativas privadas regionales del mundo hispano, en la forma de corsarios armados por empresarios particulares, capaces de operar de manera independiente y de capturar a los mercantes enemigos en sus respectivas zonas de actividad. En el segundo se trataba de utilizar guerrillas que operaran de manera sutil contra las líneas terrestres del enemigo, aunadas a la movilización de los pueblos indígenas aliados de la monarquía española, los cuales, en opinión de MacDonnell, constituían «las mejores tropas ligeras del mundo». Esto es un recordatorio importante de que nuestro protagonista jamás concibió de manera separada las dimensiones militar y naval del conflicto: ambas formaban parte de un mismo plan de operaciones y de una misma concepción abstracta de la guerra. Esta es la razón de que los conceptos teóricos que definió encontraran uso tanto para las operaciones de tierra como para las de mar, inextricablemente relacionadas, en determinados pasajes del manuscrito, las unas con las otras.

Significativamente, todo el aparato teórico de MacDonnell concluía con las condiciones bajo las cuales debía firmarse la paz, todas ellas de orden político, demográfico y económico. Este punto crucial revela la idea subyacente a todo el pensamiento de su autor, y confirma hasta qué punto se había adelantado a los grandes teóricos militares de los siglos XIX y XX: la naturaleza eminentemente política de la guerra y, por ende, la importancia de definir las operaciones militares y navales en aras de la obtención de objetivos políticos

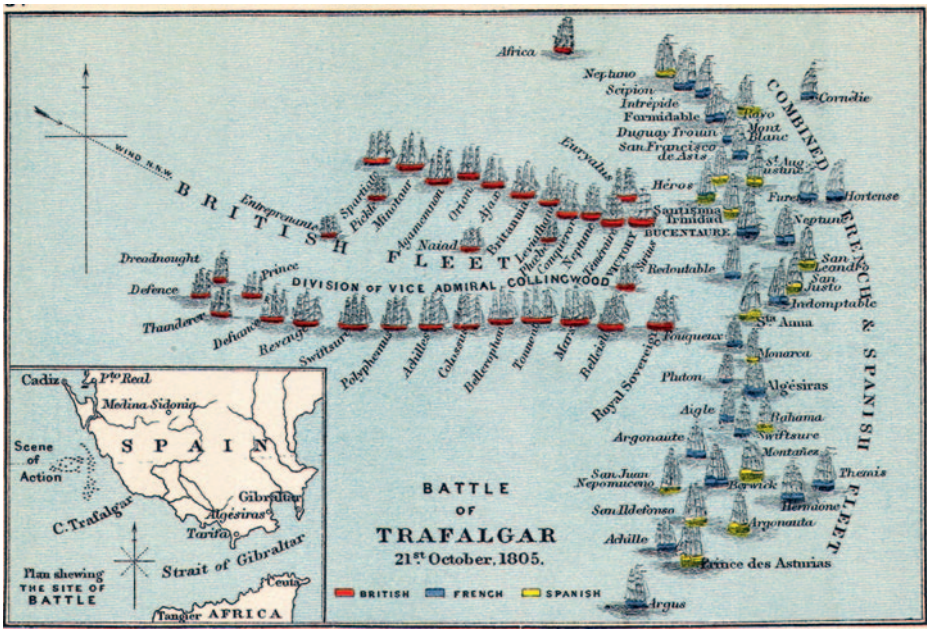
y económicos precisos. Así, sobre la relevancia del concepto de «líneas de operación», escribió: «Porque su importancia, además de la que tienen efectiva por su localidad, pende más esencialmente la que adquieren por su consideración política y mercantil».

Es en este sentido en el que las observaciones más sobrecogedoras y contemporáneas de MacDonnell cobran sentido (VALDEZ-BUBNOV: 2015). En efecto, señalaba la importancia de destruir la infraestructura económica del enemigo, con vistas a impedir su recuperación «por muchos años», así como de ejercer presión sobre la población civil:

> «La guerra se debe hacer siempre con seriedad, y ensangrentada, cargando la mano de ella, para que inspire un saludable terror de que se siga una sumisión pronta, y ese respeto político que es debido a una poderosa Nación, como es la Nación española. La guerra sin el terror viene a ser nada, y pierde sus más excelentes y eficaces atributos».

Como he señalado antes, existe evidencia documental que prueba que el plan de campaña de MacDonnell fue tomado en serio por el gobierno español, independientemente de su dimensión teórica. Sin embargo, no fue llevado a cabo, tal vez porque implicaba un reconocimiento de la errática política de Godoy al respecto de la Luisiana. De manera más directa, en 1804, poco después de que MacDonnell entregara el manuscrito, la Marina británica atacó a dos fragatas españolas sin previa declaración de guerra, con gran pérdida de vidas militares y civiles, forzando a la Monarquía a entrar en la guerra de la Tercera Coalición al lado de Francia. En 1805 tuvo lugar la batalla de Trafalgar y, en 1808, la ocupación de España por el ejército francés. La guerra de Independencia española y, como consecuencia directa, el estallido de las revoluciones de independencia en la América hispana, pusieron en pausa la estrategia de la Real Armada para Norteamérica. Por otra parte, las tensiones con los Estados Unidos se redujeron temporalmente cuando la Regencia se alineó con Gran Bretaña en contra de la Francia napoleónica, y los Estados Unidos escalaron sus propias tensiones con los británicos, sufriendo la catastrófica derrota de la guerra de 1812.

El fin de la guerra entre los Estados Unidos y Gran Bretaña, formalizado en 1815, así como la restauración de la monarquía española y el fin de toda expectativa de un resurgimiento de la Francia napoleónica, trajeron consigo el reinicio de las tensiones en América del Norte. Las distintas facciones de la insurgencia hispanoamericana recibieron apoyo no oficial en los puertos de los Estados Unidos, con un importante incremento en la venta de armas y el armamento de corsarios y filibusteros por parte de empresarios particulares de ese país, así como la distribución de patentes de corso y la búsqueda de reconocimiento diplomático por parte de los representantes de los gobiernos insurrectos. En este nuevo contexto, el gobierno estadounidense, bajo la administración de Madison, reinició la política de expansión sobre la Florida española con un importante apoyo a sus migrantes, el cual pronto hubo de escalar en una nueva y sangrienta guerra no declarada contra los pobladores hispanos, a



Batalla de Trafalgar. División de las tropas

lo que siguió la reapertura de las reclamaciones diplomáticas por los daños recibidos durante la «cuasi guerra». De manera simultánea, los representantes de la insurgencia en los puertos norteamericanos lograron mantener el tráfico de armas que mantenía la guerra civil en los virreinatos, además de repartir patentes de corso entre armadores estadounidenses y de ofrecer apoyo logístico a los corsarios independentistas. Entre 1815 y 1816, una expedición militar contra las Provincias Internas de la Nueva España, lidereada por el guerrillero español Javier Mina y el cura prófugo fray Servando Teresa de Mier, se llevó a cabo desde puertos estadounidenses. Pese a todo ello, las fuerzas militares de la monarquía española tuvieron éxito en reducir militarmente a las fuerzas de la insurgencia en Nueva España y Tierra Firme; y en este nuevo contexto, el plan de campaña de MacDonnell fue considerado otra vez por el gobierno español como una opción viable para resolver los conflictos en América del Norte y su influencia en las revoluciones hispano americanas (VALDEZ-BUBNOV: 2015).

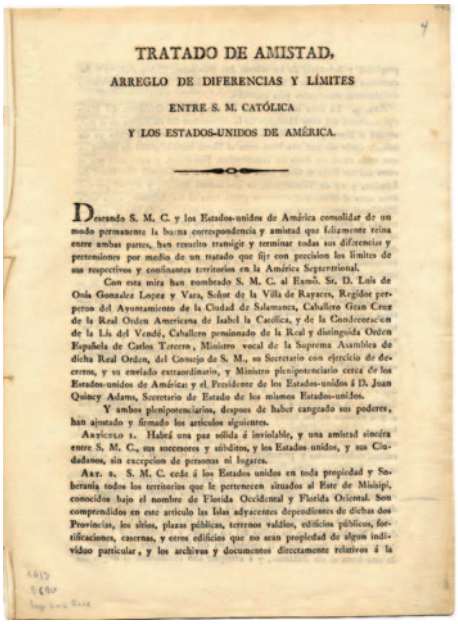
En junio de 1816, el ministro de Marina de Fernando VII, Joseph Vázquez de Figueroa, designó a una comisión de oficiales para evaluar la posibilidad de llevar a cabo el plan de 1804. El veredicto de esta comisión fue negativo, pues se consideró que el autor había subestimado el potencial de los Estados Unidos y que la Real Armada no poseía los mismos recursos que en el momento en que el plan fue concebido. Así pues, Vázquez de Figueroa ordenó

a MacDonnell producir una versión actualizada de dicho plan, adaptada a las nuevas circunstancias. Existe evidencia de que el autor evitó dar respuesta inmediata, siendo reconvenido por ello, e hizo entrega de la segunda versión de su plan de campaña en septiembre de 1816 (Valdez-Bubnov: 2015).

Este manuscrito se encuentra del todo desprovisto de elementos teóricos, y su contenido representa una versión simplificada y reducida del plan de 1804, en un sentido netamente táctico y operacional. De nuevo, el plan de MacDonnell fue examinado por la misma comisión que había evaluado el de 1804, con los mismos resultados. Cabe señalar que la crítica de la comisión se hallaba no en las características de las operaciones propuestas, sino en la ausencia de medios para ejecutarlas, llegando a afirmar que el proyecto podía ser llevado a cabo de contarse con la mitad de los medios materiales y humanos requeridos por MacDonnell. La comisión terminó su dictamen recomendando que, mientras la Real Armada no fuese dotada con los instrumentos adecuados para ejecutar el plan de 1816, el mejor curso de acción era reducir las tensiones con el gobierno estadounidense, contener a sus migrantes e impedir la difusión de sus perniciosas ideas. Tal vez de manera decisiva, el órgano gubernamental encargado de financiar la reconquista del continente, la Comisión de Reemplazos, decidió concentrar los esfuerzos navales y militares de la Monarquía en el armamento de una «Grande Expedición», destinada a consolidar el control de los puertos hispanoamericanos. Con esto, las posibilidades de llevar a cabo una estrategia norteamericana para extinguir el apoyo logístico recibido por los insurgentes quedaron definitivamente canceladas.

Por otra parte, las relaciones con los Estados Unidos comenzaron a cambiar a partir de 1818. Para entonces, los corsarios insurgentes habían comenzado a atacar buques neutrales, sobre todo norteamericanos, como resultado de la disminución en el tráfico mercante leal a la corona española. Esto coincidió con una serie de campañas de corso lanzadas desde Cuba y Puerto Rico contra las rutas marítimas de la insurgencia, lo cual naturalmente afectaba a los armadores norteamericanos, quienes se vieron obligados a pagar altas tasas de seguros marítimos y a financiar un sistema de convoyes. Claramente, para los angloamericanos comenzó a ser difícil distinguir entre los corsarios insurgentes y los realistas, pues ambos les atacaban por igual. Como represalia, tuvieron lugar incursiones costeras contra las Antillas españolas por parte de la naciente armada de los Estados Unidos. El gobierno de Washington, por su parte, cesó en su apoyo no oficial a los corsarios de la insurgencia, redujo la venta de armas a sus representantes y retomó la vía diplomática para obtener la cesión de la Florida, lo cual, finalmente, obtuvo con el Tratado Adams-Onís, firmado en 1819. Esto cerró definitivamente el capítulo de la estrategia norteamericana de la monarquía española, con lo cual los manuscritos de MacDonnell quedaron archivados, y sus contenidos teóricos, ocultos a la posteridad hasta nuestros días (Valdez-Bubnov: 2015).

Comencé esta presentación hablando de los clásicos de la estrategia naval del siglo XIX al XX: Mahan y Corbett. Vale la pena retornar a ello, a modo de



TRATADO DE AMISTAD,

ARREGLO DE DIFERENCIAS Y LÍMITES

ENTRE S. M. CATÓLICA

Y LOS ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA.

Deseando S. M. C. y los Estados-unidos de América consolidar de un modo permanente la buena correspondencia y amistad que felizmente reina entre ambas partes, han resuelto transigir y terminar todas sus diferencias y pretensiones por medio de un tratado que fijr con precision los límites de sus respectivos y confinantes territorios en la América Septentrional.

Con esta mira han nombrado S. M. C. al Exmo. Sr. D. Luis de Onís Gonzalez Lopez y Vara, Señor de la Villa de Rayaces, Regidor perpetuo del Ayuntamiento de la Ciudad de Salamanca, Caballero Gran Cruz de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, y de la Condecoracion de la Lis del Vendé, Caballero pensionado de la Real y distinguida Orden Española de Carlos Tercero, Ministro vocal de la Suprema Asamblea de dicha Real Orden, del Consejo de S. M., su Secretario con ejercicio de decretos, y su enviado extraordinario, y Ministro plenipotenciario cerca de los Estados-unidos de América y el Presidente de los Estados-unidos á D. Juan Quincy Adams, Secretario de Estado de los mismos Estados-unidos.

Y ambos plenipotenciarios, despues de haber cangeado sus poderes, han ajustado y firmado los artículos siguientes.

Artículo 1. Habrá una paz sólida é inviolable, y una amistad sincéra entre S. M. C., sus sucesores y súbditos, y los Estados-unidos, y sus Ciudadanos, sin excepcion de personas ni lugares.

Art. 2. S. M. C. cede á los Estados unidos en toda propiedad y Soberanía todos los territorios que le pertenecen situados al Este de Mississipi, conocidos bajo el nombre de Florida Occidental y Florida Oriental. Son comprendidos en este artículo las Islas adyacentes dependientes de dichas dos Provincias, los sitios, plazas públicas, terrenos vaídíos, edificios públicos, fortificaciones, casernas, y otros edificios que no sean propiedad de algun individuo particular, y los archivos y documentos directamente relativos á la

Tratado Adams-Onís

conclusión. MacDonnell reconocía la importancia de la batalla decisiva para asegurar el control de los puntos neurálgicos de las líneas de operación, pero hacía explícita la necesidad de coordinar la actividad de las flotas de batalla con escuadrones de cruceros de distintos portes, para asegurar el desgaste y, finalmente, la paralización del comercio enemigo. De igual forma, dedicó un apartado importante a los bloqueos y, de manera implícita, al concepto de «flota en presencia» o *fleet in being*, así como al uso de operaciones anfibias y de bombardeo costero. De manera crucial, MacDonnell nunca sugirió el uso aislado del poder naval. En todo caso, propugnaba su coordinación con el poder militar terrestre, así como la subordinación de ambos a objetivos de orden político, económico e incluso psicológico. De estas ideas podemos concluir que MacDonnell se adelantó por un siglo no solo al pensamiento de Mahan, sino también al del principal crítico de este, Julian Corbett. Precisamente, en este sentido, podemos afirmar que el pensamiento de MacDonnell se encontraba mucho más cerca de Clausewitz que de Jomini, lo cual nos confirma su sorprendente contemporaneidad. Nada más claro que sus propias palabras, escritas en 1804: «Señalo, allá en el horizonte de lo posible, la existencia de una ciencia, que, si bien ha existido siempre, no ha sido todavía bien devisada (*sic*), ni conocida. Esta ciencia es la Estrategia, o la parte sublime de la guerra, sea de mar, sea de tierra».

Bibliografía

CORBETT, Julian S. (1904). *England in the Mediterranean: A Study of the Rise and Influence of British Power within the Straits, 1603-1713*. Londres, Longmans, Green, and Company.

— (1907). *England in the Seven Years War: A Study in Combined Strategy*, m.l., m. ed.

— (1910). *The Campaign of Trafalgar*, m.l., m. ed.

— (1911). *Some Principles of Maritime Strategy*. Mineola, Nueva York, Dover Publications, Inc.

LAMBERT, Andrew (2021). *The British Way of War*. New Haven, Yale University Press.

— (2024). «Teaching by Example: Julian Corbett's The Campaign of Trafalgar of 1910». En HARDING, R. y GUIMERÁ, A. (eds.) *Sailors, Seamen and the Implementation of Naval Strategy*. Woodbridge, The Boydell Press, 120-140.

MAHAN, Alfred Thayer (1890). *The Influence of Sea Power upon History, 1660-1783*. Boston, Little Brown.

— (1892). *The Influence of Sea Power upon the French Revolution and Empire, 1793-1812* (2 vols.) Londres, Sampson Low.
— (1897). *The Life of Nelson: The Embodiment of the Sea Power of Great Britain*. Boston, Little Brown.
PAULA Y PAVÍA, Francisco (1873). *Galería biográfica de generales de Marina* II. Madrid, J. López, 461-466.
PARET, Peter (1986). «Napoleon and the Revolution in War». En PARET, P. (ed.) *Makers of Modern Strategy*. Nueva Jersey, Princeton University Press, 123-141.
— (1993). *Understanding War. Essays on Clausewitz and the History of Military Power*, m.l., m. ed.
SHY, John (1986). «Jomini». En PARET, P. (ed.) *Makers of Modern Strategy*, 143-184.
SPEELMAN, Patrick (2002). *Henry Lloyd and the Military Enlightenment of Eighteenth-Century Europe*. Londres, Praeger.
— (2005). *War, Society and the Enlightenment: The Works of General Henry Lloyd*. Leiden, Brill.
TETSURO SUMIDA, Jon (1997). *Inventing Grand Strategy and Teaching Command. The Classic Works of Alfred Thayer Mahan Reconsidered*. Washington, D.C., Baltimore y Londres, The Woodrow Wilson Center Press-The Johns Hopkins University Press.
VALDEZ-BUBNOV, Iván (2015). Spanish Naval Strategy and the United States, 1763-1819. *The Mariner's Mirror*, 101/1, 4-20.
— (2019). «Pensamiento táctico y liderazgo estratégico: la evolución de la doctrina naval española entre los siglos XVII y XVIII». En GUIMERÁ, Agustín (ed.) *Liderazgo estratégico en España, 1475-2018*. Madrid, UNED, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, 39-41.
— (2024). «The Makers of Spanish Naval Strategy in the Eighteenth Century». En HARDING, R. y GUIMERÁ, A. (eds.) *Sailors, Seamen…*, 52-69.